

II Jornada Walter Benjamin: La política después de la caída de la experiencia

Centro de Investigaciones en Filosofía, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata

5 de julio de 2018

Título del trabajo:

Walter Benjamin lector de *Materia y memoria* de Henri Bergson

Autor: Carlos Pérez López

Pertenencia institucional: Conicet/UNR

Introducción: Benjamin y la filosofía de Bergson

A fines del siglo XIX y comienzos del XX, la obra de Henri Bergson genera una gran repercusión en las ciencias y en la filosofía. El mundo universitario alemán no está ajeno a este movimiento y se hace eco de la filosofía de la vida y la originalidad del concepto de tiempo (*durée*) que plantea el pensamiento bergsoniano. En su trayectoria universitaria, el joven Walter Benjamin no es indiferente a esta oleada bergsoniana. Benjamin conoce las obras de Bergson que circulan en el ambiente académico (*Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia, Materia y memoria*) y se puede probar un cierto influjo bergsoniano en la formación de su pensamiento sobre el problema del tiempo histórico (si se tiene en cuenta la participación de Benjamin en el seminario y las conferencias dictadas por Heinrich Rickert en 1913 sobre la filosofía de la vida en Bergson¹).

Por lo mismo, llama la atención que Bergson no tenga demasiadas menciones en los escritos completos de Benjamin. Pese a esto, las pocas que hay son muy significativas, en especial, aquellas que plantea en los últimos años de su vida, cuando hace una pausa en su

¹ Sobre una posible confluencia de la forma del tiempo bergsoniano en la concepción del tiempo histórico de Benjamin, remitimos al estudio de Peter Fenves (2011, p. 240).

gran obra sobre los pasajes parisinos para concentrarse en un proyecto, que formaba parte del anterior, sobre la obra de Baudelaire. En uno de los escritos de este proyecto, “Sobre algunos temas en Baudelaire” (2010), Benjamin critica fuertemente la obra *Materia y memoria* de Bergson por la ausencia de determinaciones históricas en sus conceptos de “experiencia” y “memoria”. Y sin embargo, Bergson terminará siendo, en este mismo estudio, una pieza conceptual clave en la trama de categorías fijadas por el propio Benjamin para pensar, precisamente, las determinaciones históricas de esos mismos conceptos. Este gesto teórico, que combina destrucción y rescate, puede leerse también a la luz de una matriz metodológica creada por Benjamin algunos años antes, en su célebre “prólogo epistemocrítico” de *El origen del ‘Trauerspiel’ alemán* (2006, p. 230), bajo la noción de “constelación”. Y es que los conceptos bergsonianos forman parte de una trama mayor de la que también participan Proust y Freud, confrontados a la profunda determinación histórica que cobran los mismos en las obras de Mallarmé, Poe y Baudelaire. Esta constelación mayor permitiría comprender el real alcance histórico del concepto de experiencia, gracias al cual se puede constatar igualmente su pérdida como sello de la Modernidad. Para nuestro propio estudio, nos interesa no solo restituir los elementos que toma Benjamin de Bergson en *Materia y memoria*, sino también revisar algunos temas de esta obra, pues pensamos que este acercamiento nos permitirá comprender con mayor precisión la crítica benjaminiana.

La fuerte crítica de Benjamin a *Materia y memoria*

La transformación histórica del concepto de experiencia es uno de los motivos principales del ensayo “Sobre algunos temas en Baudelaire”. Esta se anuncia desde el comienzo en una figura relativamente simple: la visión consciente de Baudelaire con respecto a sus lectores. Según Benjamin, el lector al que se dirigía Baudelaire se lo da la posteridad (2010, p. 7). Y en este sentido, Baudelaire no sólo se sabe intempestivo, sino que anticipa la forma de la experiencia del tiempo por venir en la que su obra será comprendida. Se podría pensar que el propio Benjamin tiene una mirada de largo alcance con respecto a las obras de su tiempo histórico. Benjamin lo describe como el tiempo en el que se puede apreciar la serie de intentos de la filosofía, desde fines del siglo XIX, por adueñarse de la “verdadera experiencia”, en contraste con la experiencia de la existencia desnaturalizada de las masas

civilizadas. El marco de estas tentativas se da bajo el concepto de filosofía de la vida y sus raíces no están en la vida del hombre en sociedad, sino en la naturaleza, la poesía y la época mítica. Dilthey, Klages y Jung responden a esta serie, que corona *Materia y memoria* de Bergson, como su “monumento eminente” (2010, p. 9). Este término no parece ser inocuo, pues no sólo remitiría metafóricamente lo monumental al carácter imponente de esta obra, sino a su asentamiento como el pensamiento más propio sobre la experiencia y la memoria en el horizonte filosófico y científico de su época.

Tal apropiación remite a una definición precisa del vínculo entre esos conceptos. Según Benjamin, en Bergson, la estructura de la memoria es decisiva para la experiencia, pero la experiencia no consiste en acontecimientos fijados con exactitud en la memoria, sino en meros datos, a veces inconscientes, que afluyen a ella. Y aquí se presentan ciertos problemas, pues “Bergson no se propone en modo alguno [plantear] la especificación histórica de la memoria, incluso rechaza toda determinación histórica de la experiencia”, y además, “evita acercarse a la especificidad de la experiencia de la cual ha surgido su propia filosofía” (2010, p. 9), esto es, a la experiencia colectiva de la masa, de la multitud, como sustrato generacional común de la modernidad. En consecuencia, toda esta apropiación “no-histórica” de la experiencia en Bergson terminará fijando, según Benjamin, una experiencia duplicada, una “imitación espontánea” (*Nachbild*) (2010, p. 9), que da la espalda a la experiencia histórica de su tiempo (el de la época industrial), suplantando este concepto por una filosofía monumental acompañada con los avances científicos (principalmente biológicos) de su actualidad.

El rescate crítico de los conceptos bergsonianos

La dificultad de esta crítica, que aparenta rechazar de plano la filosofía de Bergson, aparece cuando Benjamin despliega en seguida el aparato conceptual que fija el campo teórico de su estudio, pues no tarda en remarcar la importancia de los conceptos bergsonianos de “duración” (*durée*) y de “memoria pura”. Ciertamente, Benjamin no deshace su perspectiva crítica hacia Bergson, pues los mencionados conceptos sólo encontrarían el testimonio de su experiencia en la figura de un poeta. Es Marcel Proust, según Benjamin, el que mejor pone a prueba la experiencia bergsoniana, y de un modo artificial, es decir, abstrayéndose de las condiciones sociales de su tiempo. La importancia de Proust reside en introducir un

nuevo elemento que a su vez plantea una crítica a Bergson y a su teoría de la “memoria pura”, a saber, la experiencia de la “memoria involuntaria”. Se trata del conocido episodio de las galletitas *Madeleine* que retrotraen a Proust a una experiencia de infancia, a cuyo recuerdo le hubiera sido imposible acceder por su propia voluntad (Benjamin, 2010, pp. 9-10). El azar en esta experiencia desarticula la estructura de la memoria, tal como la concibe Bergson, sea en la elección voluntaria de imágenes para decidir la ejecución de una acción, o en la mera contemplación de recuerdos como facultad del intelecto. Si bien Proust queda limitado a las fronteras de la experiencia individual (esto es, a un concepto de redención personal que depende, más aún, del encuentro azaroso con un objeto que conserve un pasado latente), su hallazgo resulta valioso para Benjamin de cara a este ajuste sobre la “memoria pura” en Bergson, pues la realidad de esta experiencia en la que pasado y presente se encuentran, da testimonio precisamente de aquello a lo cual ningún acto de voluntad podría acceder. Por lo mismo, si tal acceso al tesoro de una experiencia depende del azar, no sólo se expondría allí el signo de una memoria a punto de desaparecer, sino también el de una atrofia de la experiencia presente (volveremos sobre este punto al final del presente estudio).

Cabe detenerse aquí un momento y recordar una distinción de suma importancia en Benjamin entre dos términos del alemán que remitirían, casi de un modo sinonímico, al concepto de experiencia: *Erfahrung* y *Erlebnis*. El primero se traduce por “experiencia” propiamente tal y remite al vínculo que el sujeto puede llegar a establecer tanto con su propio pasado, como con la tradición y el pasado de otras generaciones. El segundo en cambio ha sido traducido como “vivencia”² y remite más bien a la reducción del concepto de experiencia a una matriz biológica, esto es, al campo de imágenes que la percepción pone ante el individuo y al tiempo en que transcurre esta experiencia, vaciado de otras determinaciones que no sean la atención al presente. La transformación moderna del lector es reveladora al respecto, pues al primero de estos conceptos remite la figura del narrador, como aquel que transmite la tradición, los saberes, la experiencia de generaciones pasadas; la prensa moderna, en cambio, es el modelo de las vivencias que pierden su valor tan pronto como aparecen, generando el consumo de novedades desechables adosadas al presente (Benjamin 2010, 11).

² En el citado ensayo de Benjamin, H. A. Murena traduce *Erlebnis* por “experiencia vivida” (Benjamin, 2010, pp. 14 y ss.).

En lo que respecta a esta atrofia de la experiencia moderna, Benjamin complementará esta constelación con el concepto de “shock” en Freud, que de algún modo engloba las tramas teóricas de la “memoria pura” (voluntaria) y de la “memoria involuntaria”, en la medida en que se focaliza en los efectos de las vivencias sobre la conciencia. El shock es, en el fondo, lo que determina la situación de la masa, vale decir, la de la multitud urbana en la gran metrópolis moderna. La energía desmesurada de la experiencia del shock predispone a la conciencia a una actividad protectora del alma, defensiva ante la sorpresa y neutralizadora de los estímulos repetitivos. Esta disposición se vuelve la ley de la experiencia moderna, que bajo la amenaza de un concepto de tiempo vacío y homogéneo (esto es, de un presente indiferente a las experiencias pasadas y que no cesa de comenzar), apenas deja algunos intersticios a ese otro vínculo con las experiencias de un pasado histórico. Y es a esto a lo que se refería anteriormente Benjamin con el concepto de imitación (*Nachbild*) como suplantación filosófica e histórica del concepto de experiencia, esto es, la experiencia vivida sujeta al dictamen del presente. Bergson sería la cara filosófica de esta concepción biológica de la experiencia con su teoría de la “memoria pura” y la “duración”. Y por lo mismo, cabe revisar la especificidad de estos conceptos en el marco de su obra *Materia y memoria*.

“Memoria pura” y “duración” en *Materia y memoria*

La dificultad de trabajar sobre conceptos particulares en Bergson estriba en el carácter prácticamente indivisible de su argumentación. *Materia y memoria* es, como bien reza su subtítulo, un “ensayo sobre la relación del cuerpo con el espíritu”, pues consiste en una larga y detallada demostración que analiza todo lo que puede un cuerpo con el fin de captar, en ese despliegue, el lugar que evidencia la vida espiritual. Y en su estudio sobre el cuerpo, se asentará la tesis según la cual la realidad de la materia es la existencia de las imágenes y, aún más, que entre todas las imágenes, la del cuerpo, o más bien, *la de mi propio cuerpo*, parece tener un rango especial por su centralidad, por ser un dato inmediato y por aparecer como el lugar fronterizo donde convergen las imágenes del exterior y los afectos del interior (2012, pp. 57-58).

El análisis de las imágenes que se relacionan con la imagen central del propio cuerpo remitirá directamente al problema de la percepción. Y esto es crucial, pues definir el rol de

la percepción permite, según Bergson, resolver una serie de equívocos con respecto a otras funciones que parecen, erróneamente, identificarse con esta, como lo son la conciencia y la memoria. Ahora bien, el estudio de la percepción presenta una dificultad, del momento en que la experiencia del ser humano es la de un organismo complejo cuyas funciones se superponen. Bergson propone entonces avanzar de lo simple a lo complejo, tomando el caso de organismos rudimentarios sobre los cuales cabe observar el carácter necesario, reflejo e inmediato de sus respuestas a estímulos (2012, p. 72). Pero mientras la percepción de las especies inferiores no va más allá del contacto corporal (donde la percepción táctil coincide con los órganos de movimiento), la de los organismos más complejos abarca una distancia mayor. Y el hecho de que las respuestas a estímulos en los organismos superiores no sean necesarias e inmediatas, hace patente en estos una suerte de libertad, o como dice Bergson, una “parte de independencia”, implicando así una “zona de indeterminación” de su acción posible (2012, p. 72). Sensibles así a influencias distantes de su propio cuerpo, los organismos complejos pueden disponer también de una pluralidad de respuestas para un mismo estímulo y por eso, son capaces de dudar o de esperar antes de reaccionar. Tal hesitación previa a la acción no es sino el signo revelador del tiempo en la experiencia de la percepción. Bergson deduce en esto una ley que atraviesa a los organismos vivos: “la percepción dispone del espacio exactamente en la misma proporción en que la acción dispone del tiempo” (2012, pp. 72-73)³.

En esta experiencia de la percepción, Bergson presupone los conceptos que buscamos en este estudio: “memoria pura” y “duración”. A estos no se llega sin analizar más de cerca la experiencia misma de la percepción, en la medida en que esta siempre viene impregnada de “recuerdos”⁴, pues “a los datos inmediatos y presentes de nuestros sentidos, mezclamos miles de detalles de nuestra experiencia pasada” (2012, p. 73). Es más, estos recuerdos suelen ser preponderantes con respecto a los datos de la percepción previos a cualquier acción. Ahora bien, a Bergson le interesa exponer en esta amalgama de recuerdos e imágenes precisamente la tesis que atraviesa su obra, a saber, que la diferencia entre materia y memoria no es de grado, sino de naturaleza. Así, la percepción, cuya materia son las imágenes del presente, es de una naturaleza diferente con respecto a la de los recuerdos, por mucho que converjan en una misma experiencia. Bergson utiliza la analogía de la

³ Las traducciones de todos los pasajes citados de esta obra son nuestras.

⁴ El término francés es *souvenir* y su traducción literal sería “lo que viene desde abajo”.

“reflexión luminosa” para pensar la diferencia entre imágenes de la percepción y recuerdos de la memoria: si a los primeros corresponde la luz, a los segundos su reflexión, es decir, una imagen virtual que ilumina sin ser luz ella misma (2012, p. 77). Pero es la convergencia de percepciones y recuerdos la que lo lleva a plantear la necesidad del tiempo de esta experiencia: “por corta que sea una percepción, esta ocupa siempre una cierta duración y exige, en consecuencia, un esfuerzo de la memoria, que prolonga a unos y a otros en una pluralidad de momentos. [...] la ‘subjetividad’ de las cualidades sensibles consiste, sobre todo, en una especie de contracción de la realidad operada por nuestra memoria” (2012, p. 74). Superponer capas de recuerdos sobre una percepción inmediata y contraer una multiplicidad de momentos en una misma experiencia son las dos formas en las que se presenta la memoria y que constituyen, por lo demás, el aporte de la conciencia. Y en este esquema quedan planteadas no sólo la distinción entre la realidad extensa de la percepción y la realidad inextensa de la memoria, sino también la “duración” como temporalidad de la experiencia y la “memoria pura” como reservorio de recuerdos susceptibles de atender al llamado de la experiencia actual.

“Duración” y “memoria pura” son entonces realidades distintas. Y pese a esto, tendrían una cierta intersección en la experiencia. La “duración” define la temporalidad del presente, que es, según Bergson, el solapamiento entre pasado inmediato y futuro inmediato, esto es, el modo en que el pasado que acaba de suceder se traduce en sensación, mientras la inclinación al momento que viene inmediatamente se traduce en movimiento. Por lo mismo, la sensación y el movimiento en el presente son materia, realidad extensa. La “memoria pura” en cambio apunta a todas las experiencias vividas que no tienen ninguna actualidad en el presente, y en la medida en que son solo memoria, no participan de la sensación, siendo inextensas e impotentes (2012, pp. 188-189). Para ilustrar esto, Bergson llega a comparar la existencia sin cuestionamientos del espacio que no percibimos (como puede ser el de otras ciudades, de otros países o cualquier otra extensión actual), con la de los recuerdos, cuya memoria también se encuentra ahí, existente en estado de latencia, pese a no sentirla actualmente. Y de esto sostiene también la diferencia entre *conciencia* e *inconsciente*: la primera “preside la acción” sobre la actualidad presente; el segundo, en cambio, solo guarda la cualidad pasiva de la existencia inactual y latente de lo que es puro recuerdo (2012, pp. 189-190). El paralelismo entre ambas realidades (materia y memoria)

se deshace y da paso a su intersección cuando un recuerdo puro se transforma en imagen, es decir, se materializa. Ahora bien, al hacerlo, deja de ser puro justamente por haberse actualizado. Pero como el carácter de la “memoria pura” es la pasividad, su materialización no puede provenir de la experiencia pasada, sino de la presente. Y de este modo –y esto es crucial–, el concepto de tiempo en Bergson se halla escindido en sí mismo, por el hecho de haber una diferencia de naturaleza, y no de grado, entre pasado y presente: “en verdad, entre pasado y presente hay algo más que una mera diferencia de grado. Mi presente es lo que me interesa, lo que vive para mí, y, para decirlo todo de una vez, lo que me provoca a la acción, mientras que mi pasado es esencialmente impotente” (2012, p. 185). Por causa de esa impotencia de la memoria inconsciente, es el presente, o aun mejor, la voluntad del presente – que Bergson definirá bajo el concepto de “atención a la vida” (2012, p. 222)–, el que comandará toda relación con el pasado. El esquema bergsoniano de la experiencia de la memoria supone así, valga recordarlo, un concepto de tiempo anclado en la duración, en la medida en que este concepto da cuenta del foco imantado al que acude toda memoria.

“Memoria pura”, “duración” e historicidad

Recordemos que Benjamin se interesa en Bergson por el problema que plantea la suplantación (imitación espontánea) de la experiencia por las vivencias. Recordemos también que esta última no llega a recubrir dicho concepto, gracias a la diferencia que establece Proust con la experiencia de la “memoria involuntaria”, al introducir la posibilidad de una relación del presente con el pasado que no está regida por el control selectivo de la conciencia, es decir, por la voluntad del que recuerda, sino por una situación azarosa que actualiza un recuerdo vivo del pasado. Ahora bien, la “memoria involuntaria” será para Benjamin algo más que una mera refutación teórica, pues en ella estará en juego también una concepción del tiempo histórico que invierte la preponderancia selectiva del presente sobre el pasado (al menos, tal como esta se deduce de la estructura del tiempo en la experiencia teorizada por Bergson). El ajuste de la “memoria involuntaria” sobre la “memoria pura”, no solo le permite a Benjamin desmontar la disposición jerárquica del presente activo sobre el pasado pasivo, sino también conectar la experiencia individual del sujeto que rememora con la de la sociedad moderna que vive una crisis en su experiencia de

la percepción⁵. En esto reside el índice de historicidad del concepto de memoria, afectado directamente por las transformaciones que la técnica produce en la experiencia del colectivo.

El concepto de “duración”, por su parte, también se encuentra determinado históricamente por la transformación moderna de la experiencia. Sin embargo, este concepto bergsoniano resiste a la crítica de Benjamin, al punto en que este parece admitirlo como clave comprensiva de la diferencia entre experiencia y vivencia. “Si se cree a Bergson –dice Benjamin–, es la actualización de la duración la que saca al hombre de la obsesión por el tiempo” (2010, p. 41, trad. modificada). Esta frase viene en el apartado inmediatamente posterior a la confrontación que hace entre dos conceptos de tiempo: el tiempo que realiza y el tiempo que destruye. El primero, que remite al deseo, responde a la idea de la estrella fugaz, cuya lejanía espacial sería acorde a la lejanía temporal de un deseo cumplido. Por lo mismo, se vincula con el concepto de experiencia (*Erfahrung*), pues lo que lleva lejos en el tiempo está relacionado con esta y el cumplimiento de un deseo sería su corona. El juego de azar, en cambio, viene a ser la antítesis del anterior, pues su noción de tiempo destruye tal experiencia, la desecha. El tiempo en que se lanzan los dados, o aquel en el que la bolita cae a la ruleta, se acompaña de la impaciencia o de la avidez del jugador, no por ganar, sino por volver a apostar y dar intensidad a sus emociones. El obrero asalariado, por inconexo que parezca su caso comparado con el anterior, se rige por esta misma concepción del tiempo indiferente a cualquier experiencia pasada, pues se encuentra marcado por la misma condición mítica (idéntica a la imagen de Sísifo) de tener que comenzar siempre de nuevo (2010, pp. 36-39). Sin requerir de saber alguno, el trabajo del obrero moderno no deja de percibir la aguja que marca los segundos del reloj, es decir, el tiempo que devora su vida. Es justamente esta la condición homogénea y vacía del tiempo, cuyo modo de avanzar no deja huellas significativas, tal como lo expresa Baudelaire en estos versos citados por Benjamin: “Y el Tiempo me engulló minuto por minuto,/ como la inmensa nieve a un cuerpo agarrotado” (citado en Benjamin, 2010, p. 46)⁶.

Es sobre este vaciamiento destructor que Benjamin remite luego a la “actualización de la duración” que saca al hombre de la obsesión por el tiempo. En esto se da, a nuestro parecer,

⁵ Es de hecho lo que realiza Benjamin en los últimos capítulos de su ensayo aunando los conceptos de “memoria involuntaria” y “aura” con la experiencia del inconsciente fotográfico (Benjamin, 2010, pp. 49-56).

⁶ Estos versos se encuentran en el poema “Le goût du néant” de *Les Fleurs du mal*: “Et le Temps m'engloutit minute par minute,/ Comme la neige immense un corps pris de roideur” (Baudelaire, 1972, p. 108).

el rescate del concepto de tiempo en Bergson, en la medida en que guarda una relación irreductible con el pasado, por el hecho de contraer momentos distanciados en una misma duración. En este concepto descansa, según Benjamin, la esperanza de Proust en poder iluminar el pasado cargado de rememoraciones. Y aún más, ahí también se encuentra la admiración de Proust por Baudelaire, más precisamente en la atención que prestaba este último a los días significativos del “tiempo que realiza”, que se distinguen de las vivencias, al desmarcarse de la serie destructiva del tiempo (Benjamin, 2010, p. 41).

Breve conclusión

“Memoria pura” y “duración” son conceptos que Benjamin rescata de *Materia y memoria* y que reflejan la metodología singular del filósofo alemán: la de la crítica que destruye, pero gracias a la cual cobra fuerza lo que queda en pie. La “memoria pura” aparece así como una plataforma crucial para acceder al concepto que le hace justicia (“memoria involuntaria”). Y la “duración” se vuelve un concepto de tiempo ajustado en la medida en que se desmarca críticamente de la jerarquía del presente (entendido como campo de atracción y voluntad selectiva de la memoria) para abrirse a la contracción de capas de experiencias pasadas que se funden en un mismo tiempo. En esta cualidad de la forma del tiempo descansará también la concepción benjaminiana del tiempo histórico.

Referencias bibliográficas

- Baudelaire, Ch. (1972). *Les Fleurs du mal*. Paris: Éditions Gallimard.
- Benjamin, W. (2006). El origen del ‘Trauerspiel’ alemán. En *Obras*, Libro I, vol. 1. Trad. Alfredo Brotons Muñoz. Madrid: Abada.
- Benjamin, W. (2010). Sobre algunos temas en Baudelaire. En *Ensayos escogidos*. Trad. Héctor A. Murena. Buenos Aires: El cuenco de plata.
- Bergson, H. (2012). *Matière et mémoire. Essai sur la relation du corps à l’esprit*. Paris: Éditions Flammarion.
- Fenves, P. (2011). *The Messianic Reduction. Walter Benjamin and the Shape of Time*. Stanford-California: Stanford University Press.